

Las reglas de discernimiento en sus contextos de 1ª y 2ª semana

Iván Restrepo, S.J.

Antes de que este Simposio se abra sobre su segundo término – los Signos de los Tiempos – pareció importante detenernos en las reglas de discreción de espíritus que Ignacio compuso con tanto cuidado. Aun sabiendo que es ésta una temática muy familiar para la inmensa mayoría de ustedes, ¿cómo prescindir de ellas o darlas simplemente por supuestas, tratándose del discernimiento espiritual ignaciano? Intentémoslo

En ese conjunto de veintidós reglas se atrevió Ignacio a resumir una tradición secular de la espiritualidad cristiana. Heinrich Bacht dice que «Ignacio resumió en un compendio todas las cosas sustanciales que en el antiguo monacato el padre espiritual comunicaba a sus discípulos a lo largo de años de instrucción activa». Pero lo hizo basado en su propia experiencia reflexionada y de manera muy suya.

El hecho básico es que se da en nuestra conciencia un coro de voces interiores distintas y discordantes que se confrontan y que nos empujan o nos retienen. Para Ignacio, estamos ante una interioridad sometida a una conflictividad proveniente de dos espíritus contrarios (EE. 32). Ya los filósofos griegos que se ocuparon de buscarle un sentido a la existencia, se preguntaban cómo actuar ante esas fuerzas que interiormente los movían. Para Platón esas fuerzas se llamaban “sofrosine” (armonía y control) e “hybris” (exceso y desenfreno); y seguir esas diversas atracciones encaminaba la persona por senderos muy diversos. S. Justino, reflexionando al respecto, pensaba que el evangelio era la filosofía griega llevada a su perfección, puesto que en el evangelio aparece esa misma confrontación en símbolos de vida o muerte: “El que busca ganar su vida la perderá” (Mt 16,25ss), “Si viven según los instintos morirán” (Ro 7, 12-15), “si el grano de trigo no muere permanece infecundo” (Jn 12, 23-26). El Espíritu Santo despliega su misión invisible en la forma de una relación amorosa con Dios, pero enfrentada a la acción insidiosa del que Ignacio denomina el “enemigo de la naturaleza humana”.

A este propósito decía el abad Casiano en sus “colaciones”: “¿Cómo explicar, pues, que aun a pesar nuestro, y lo que es más, sin advertirlo, los pensamientos inútiles se deslizan en nosotros de una manera sutil y solapada, que no solo constituye una gran dificultad rechazarlos, pero incluso tener conciencia de ellos?” (J. Casiano, *colaciones*, Ediciones Rialp, Madrid, 1958, p. 64.

Por el testimonio del Diario Espiritual de san Ignacio (DE) nos consta del meticuloso cuidado que ponía él en expresar lo que ‘sentía’ y cómo buscaba la palabra precisa que mejor describiera su experiencia. Observaba finamente los efectos que tenían en sí mismo y en sus estados anímicos los movimientos interiores que sentía y de allí sacó la seguridad necesaria para formular estas

reglas que luego confirmaría al escuchar lo que acontecía en muchas otras personas muy distintas a él.

Es propio de la tradición judeo-cristiana consignada en la Escritura, representar la vida interior como un combate espiritual (Ef 6,10-17); y lo que hay de bello en la práctica de los Ejercicios es que propician un contacto con la Escritura, no como información sino como revelación personal; una revelación que, por encima de cualquier información sobre el depósito de la fe, incluye la atracción que el Padre y el Hijo ejercen en la persona por virtud del Espíritu. Los Ejercicios son una gracia que trae el evangelio a nuestros oídos para cambiar el corazón, son una gracia que siento en mí, pero que viene de más lejos y que va para más lejos, e Ignacio, que fue un místico, pero con una de las mentes más poderosamente prácticas, empleó toda su capacidad en retratar de manera dramática en la meditación de Dos Banderas y en la composición de este grupo de reglas que comienzan precisamente por tipificar las *mociones* de *consolación* y de *desolación*, la confrontación que se da en la conciencia.

El discernimiento trata de obtener un conocimiento valorativo de esa variedad de vivencias experimentadas, para poder actuar en consecuencia, es decir, para 'recibir' unas y 'lanzar' otras. Parte importante del trabajo de esa discreción de espíritus es reducir esa variedad de vivencias interiores a la diferencia fundamental de su procedencia del buen o del mal espíritu.

Es conveniente advertir que el tema delicado de la causa 'eficiente' de esas mociones no es un campo en el que Ignacio incursiona y que parece dejarlo abierto diciendo simplemente "se causan", es decir, se producen, acaecen, ocurren, acontecen. A Ignacio, más que la causa eficiente que las produce o el cómo, lo que le importa es si nos apartan o nos conducen al fin propuesto, su 'intencionalidad', es decir, para dónde van y no tanto de dónde vienen. Por eso en las mociones no hay connotación moral sino relación a Cristo como camino, verdad y vida. Lo que empuja a algo distractivo o menos bueno, dirá (EE. 333), ha de ser rechazado. Lo que facilita y quita todo impedimento para que se proceda adelante (EE. 315), es bueno y ha de ser acogido.

Es así como la búsqueda de la voluntad de Dios a través de la experiencia de esas consolaciones y desolaciones se convierte en un aporte suyo importante, por ser el único ensayo detallado y sistemático de dicha búsqueda. Su contribución consistió en que, un posible nuevo nombre para la unión con Dios pudiera ser la *elección* de un estado de vida o de una reforma de la vida, a la que es posible llegar gracias a las experiencias de consolación y desolación. Se conformaría así algo muy característico, que crea la actitud básica propia de una espiritualidad de la acción. El discernimiento, que es siempre una búsqueda y no un estado adquirido, es algo propio de alguien poseído por Dios que deja que sea Él quien actúe a través de su propio accionar.

La finalidad de estas reglas es, pues, en primer lugar, caer en la cuenta, sentir y conocer las varias mociones espirituales significativas, entre todo ese coro de voces interiores se perciben en nuestra conciencia. Por eso el primer paso es *sentir* esos *movimientos interiores* y poner atención a los sentimientos producidos. Por esa razón, en los Ejercicios, esos sentimientos se formulan claramente en forma de “*petición*” al comienzo de cada oración, los *puntos* son simplemente caminos y formas de acceder a ellos y explicitarlos y los *coloquios* el momento propicio para volver sobre ellos en un diálogo íntimo con Dios; y si el *examen* invita a registrarlos, es para poder volver sobre ellos en asiduas *repeticiones* que tienen como finalidad incrementarlos e ir más al fondo de ellos. Es, pues, éste un aprendizaje que se hace en la oración, para poder luego detectarlos también en la vida ordinaria cuando vienen mezclados con nuestras múltiples actividades y con reacciones de todo género. La voz del Señor es delicada y requiere toda nuestra atención.

Esto lo experimentó Ignacio en Manresa y le produjo un gran asombro: ¿qué nueva vida es esta que ahora comenzamos? (Aut 21); y de allí le brotó otra pregunta: ¿cuál es el significado de todo esto que siento? Y después de esas experiencias, de ese asombro y esas preguntas vino para él el convencimiento asombrado de que se trataba de alguien que le amaba y que ese alguien era Dios mismo quien a través de su Espíritu producía en él estos movimientos. En un primer momento, sin embargo, era esa solo una hipótesis de cuya validez surgían muchas preguntas: ¿si será el Espíritu Santo o seré más bien yo que me hablo a mí mismo? Quien haya acompañado unos ejercicios habrá sido testigo del surgimiento casi infaltable de esta pregunta.

La finalidad de estas reglas es ir más allá y examinar cuidadosamente todos esos cambios experimentados para quedarse con lo bueno, como dice Pablo (1 Tes 5, 19-21). Las reglas son pues el verdadero descubrimiento de Ignacio y sin ellas no habría propiamente Ejercicios.

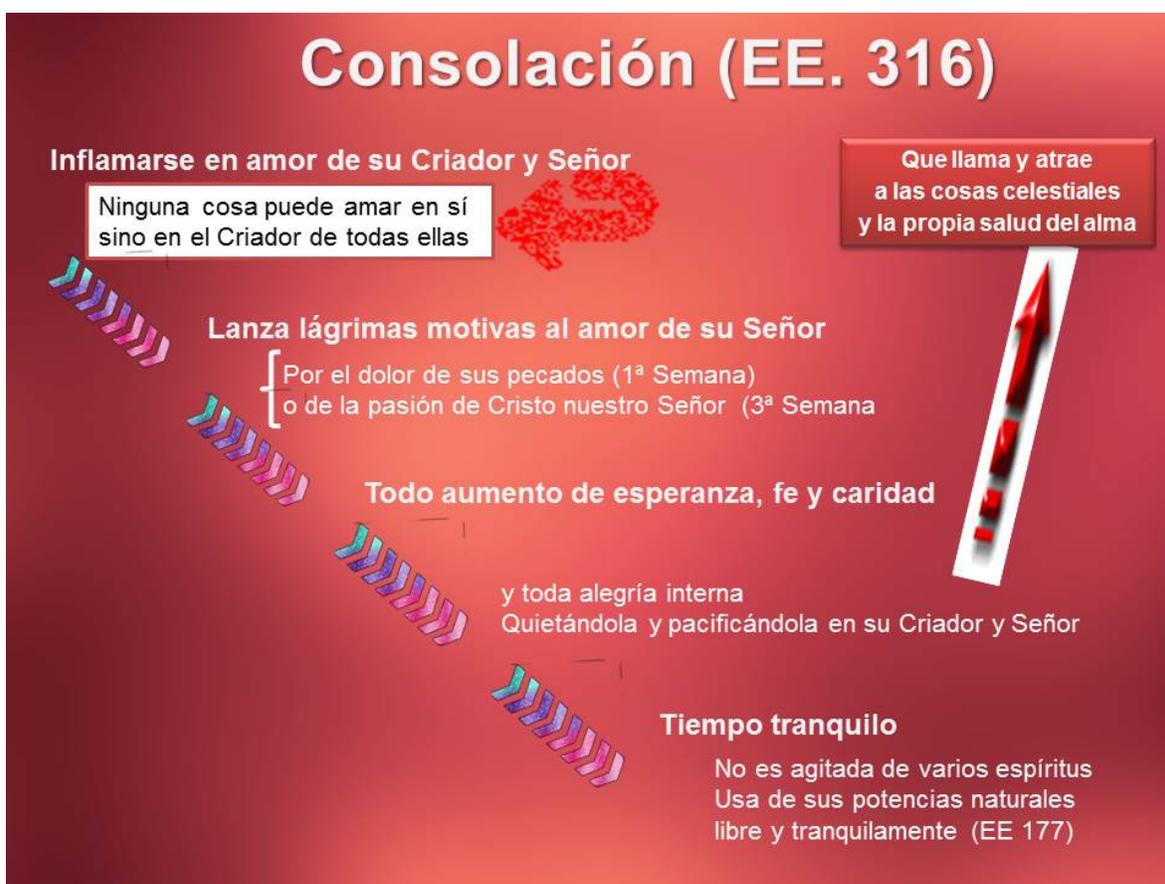
El Espíritu del Señor reside en nosotros de una manera tan íntima como nadie más lo puede estar; “porque vive con ustedes y estará en ustedes” (Jn 14, 16-18), y “ha sido derramado en nuestros corazones (Ro 5,5 y 2Co 1,22), es decir, en ese centro de la vida sensible, intelectual y moral, en la sede de los afectos, las pasiones, la alegría y la tristeza, las decisiones santas y los deseos perversos. Por esta razón, como acostumbraba señalar Ignacio, la persona que más se deje influir por el Espíritu se hará cada vez más consciente que de su parte es todo obstáculo e impedimento a esa acción del Espíritu en ella.

Para una mayor simplicidad en la exposición me referiré a cada regla exclusivamente con el número que la precede. Además, las he agrupado en cuatro temáticas según su función respectiva y he procurado destacar gráficamente la conformación de cada grupo en la hoja que tienen en su carpeta.

Primer grupo sobre la Consolación

Estas reglas están en **negrilla y cursiva** (316.323.324.330.331.336).

Ignacio comenzó a hacer claridad en su vivencia interior distinguiendo dos experiencias fundamentales y contrastantes por él denominadas *consolación* y *desolación*. Muy probablemente la descripción de estas dos experiencias constituyó el núcleo original de todas estas reglas. El término *consolación* llega a ser uno de los más característicos de la experiencia de Ignacio y de su espiritualidad. Es la vivencia sensible y espiritual a través de la cual el ser humano capta que Dios le ama o que Dios es amor. La verdadera consolación produce certeza, ánimo, confianza y alegría, y se convertirá para él en índice orientador de su originalmente confuso y conflictivo mundo interior.



La consolación está descrita en los registros de la sensibilidad; se da de ella una representación subjetiva, psicológica y concreta, en la que el lenguaje de Dios viene expresado por lo que el ser humano experimenta, por el reflejo en su psicología de la intensificación de los vínculos de comunión con Dios.

En los pocos renglones que la describen, Dios (y más concretamente Cristo), es mencionado en cinco ocasiones como el “Criador y Señor” que afecta y mueve al ser humano hasta inflamarlo en su amor. Esto produce en la persona una certeza y la constatación sorprendida de una realidad que le está habitualmente oculta: Dios está con él y le ama gratuitamente. Es una experiencia que ilumina, unifica e integra al ser humano, desatándolo del apego a las criaturas y llevándolo a buscar las cosas de Dios y su camino de salvación.

La descripción de la consolación se hace en tres frases, cada una de las cuales representa un grado de amor. Se habla en la **primera** de “inflamarse en amor de su Criador y Señor”. La **segunda** incorpora todo lo que tiene que ver con el dolor y el sufrimiento y hace que la consolación sea mucho más real y conectada con todos los aspectos de la vida, pues sería inexacto y muy incompleto pensar que la consolación tuviera únicamente que ver con la paz y la alegría, pues las lágrimas son otra bella manifestación del amor que a la vez distienden capas endurecidas de nuestro siquismo. Son las lágrimas propias de la *compunción* que contribuyen a reorganizar dolorosamente a un yo pretenciosa e ingenuamente cerrado sobre sí mismo. La **tercera** frase relaciona la consolación con un plano más profundo y teologal y la presenta como “aumento de esperanza, fe y caridad, y toda Leticia (alegría) interna que atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor” (EE. 316).

La inmediatez del amor que aquí se detecta equivale al ser creado de lo alto o al nacer de nuevo que Jesús le revelaba a Nicodemo (Jn 3, 7). La consecuencia o efecto inmediato de ese amor es la ordenación de la relación con las cosas, en la cual consiste la verdadera libertad. Es la invitación a ver todas las cosas, aún las ordinarias y cotidianas, como “celestiales”, es decir, en cuanto “descienden de arriba” (EE. 337) y al mismo tiempo como ayudas para llevarnos a Dios, esto es, como vinculadas estrechamente al Criador y procedentes de Él. Este tercer nivel explica cómo la consolación pueda darse a través de las cosas reales de este mundo, todo lo cual confluye finalmente en la alegría interna, la paz y quietud en la consolación.

Hay por último un estado como intermedio, no mencionado explícitamente en las reglas, centradas como están en la consolación y la desolación. Es el TIEMPO TRANQUILO, al cual se alude expresamente al hablar de los tiempos propicios para una elección y se lo describe como un tiempo en que la persona no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales libre y tranquilamente (EE. 177).

Pero la consolación no es solo paz y quietud sino que lleva hacia algo, es invitación a una creación continua que ha de ser encauzada hacia el Reino de Dios. Por eso ha de estar siempre acompañada por la pregunta, ¿hacia dónde me lleva?

A quien experimenta la consolación todo le parece fácil, aún lo dificultoso. Dios no solo muestra lo que hay que hacer, sino que da la fuerza para realizarlo. Así que la

consolación es concedida en vistas a un compromiso apostólico en el cual puede estar muy mezclada la tribulación, como lo expresa bellamente Pablo en su segunda carta a los cristianos de Corinto (2 Co 1,3-7) y como el mismo Ignacio lo consigna en la regla 315: “propio del buen espíritu dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante” (EE. 315).

Todos los ejercicios son, por tanto, un proceso y una pedagogía para disponerse a entrar en la consolación, y si hay, como veremos, un alargarse en las tácticas del enemigo y en la forma de enfrentarlas, será precisamente para favorecer el pensamiento de que presto será consolado (EE. 321).

Junto a esta primera regla fundamental de la consolación forman grupo con ella otras cinco, dos se refieren a posibles clases de consolación en la segunda semana: una “sin causa” (EE. 330) y otra “con causa” (EE. 331). Esa denominación un poco técnica y extraña de “consolación sin causa precedente” ha abierto un amplio campo para varias tesis doctorales dedicadas a investigarla (Bakker, Gil, Egan).

¿Qué decir de ella en pocas palabras? La regla 330 precisa los tres elementos que la conforman:

- 1) “Solo es de *Dios nuestro Señor* dar consolación sin causa precedente” (sin que preceda ninguna causa),
- 2) “porque es propio del *Criador* entrar, salir, hacer moción en ella”,
- 3) “trayéndola toda en amor de su *divina majestad*”.

Los títulos que se le dan allí a Dios indican la función que se le atribuye: “DIOS NUESTRO SEÑOR” *da consolación*, el “CRIADOR” *entra, sale, hace moción en el ánimo* y “SU DIVINA MAJESTAD” *la trae toda en su amor*. Y enseguida se explica que este tipo de consolación no es atribuible al conocimiento o sentimiento previo alguno de un objeto.

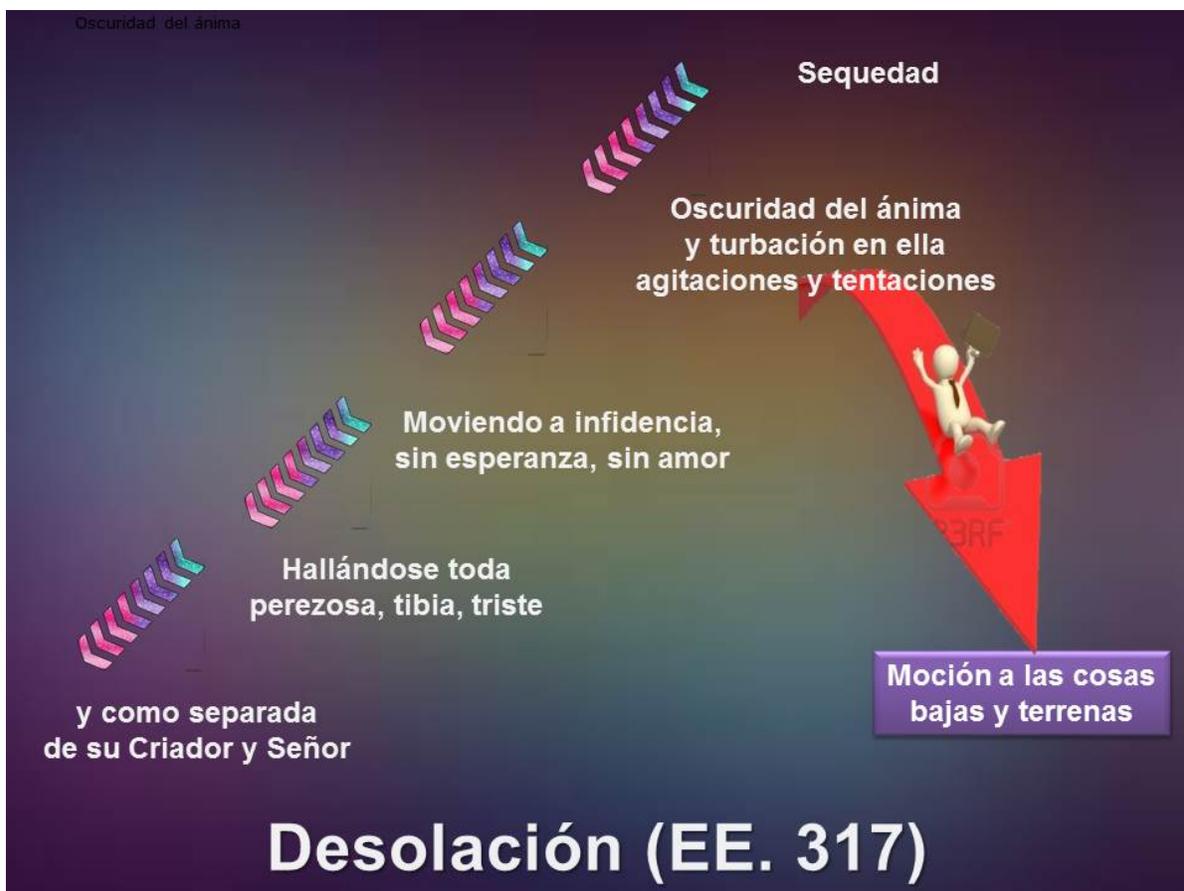
Es, pues, una gracia que le llega al ejercitante más allá de todo lo que quiere y desea; una gracia causada por Dios mismo, para la cual no estaba preparado, pero que lo induce a quedar arrobado en su amor. Se expresa así en ella, de manera admirable y dramática, la inmediatez con que Dios se comunica a su criatura. El núcleo de la experiencia allí descrita está en el *fuego del amor* que la abrasa y en el abrazo que unifica todo su ser, como lo anunciaba ya la admirable Anotación 15ª. Esta regla 330, junto con la 336 que describe lo que puede acontecer una vez pasado ese primer momento, cuando pueden surgir otros pensamientos que ya no provienen directamente de Dios, fueron por algún tiempo las dos únicas reglas de la segunda semana. Pero se añadieron otras.

La regla 323 - En una primera época en que la consolación solo es propiciada por el buen espíritu, se puede confiar en ella sin tantas salvaguardas como habrá que hacerlo en una segunda época en la que el mal espíritu podría disfrazarse en ella.

Por eso al consolado de esta primera época solo se le recomienda que la aproveche, y que piense en qué y cómo hará en la desolación que después vendrá.

La regla que sigue, 324, retrata bellamente el contraste entre quien está consolado y desolado. El consolado ha de humillarse y pensar en cuán poco es en la desolación y, al contrario, el desolado piense que PUEDE MUCHO PARA RESISTIR A TODOS LOS ENEMIGOS con el auxilio que Dios le da, aun estando en desolación y aunque no lo sienta presente. Y es que la consolación y la desolación, aun siendo estados interiores opuestos, están muy referidos el uno al otro. Es como el que rema de lado y lado según el rumbo que vaya tomando la barca. Cuando ésta gire hacia la izquierda remarará por la derecha y viceversa; lo mismo habrá que comportarse en las alternancias de consolación y desolación; en la consolación humildad, en la desolación confianza.

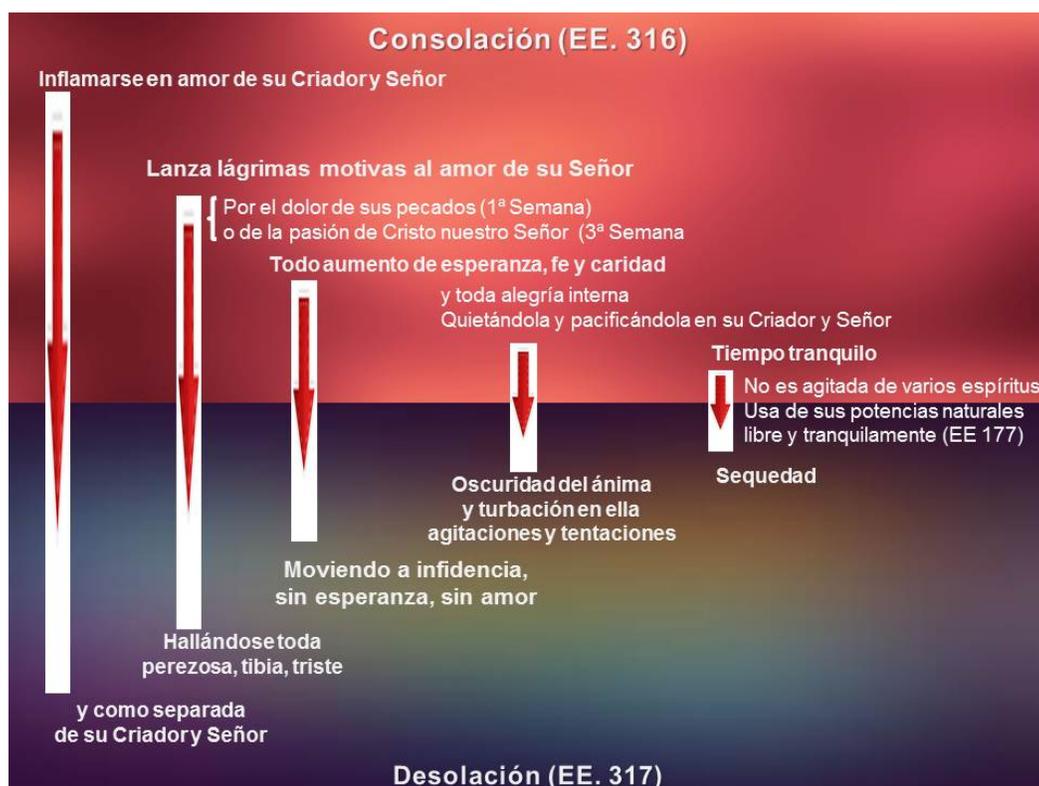
Segundo grupo: la desolación



En el segundo grupo abordamos la realidad opuesta de la *desolación*. La palabra 'desolación' es utilizada por Ignacio casi exclusivamente en los Ejercicios. Valiéndose de ella el enemigo busca poner todos los inconvenientes posibles en el camino comenzado y por eso la persona entra en gran sequedad y piensa que todo lo que ha hecho carece de valor. Se incrementa su desconfianza, su temor y su flaqueza y experimenta oscuridad de alma, turbaciones, agitaciones y tentaciones. Esto trae como consecuencia dejarse ir por el camino del menor esfuerzo y volver a poner la esperanza y el amor en las cosas bajas y terrenas. De ella salen pensamientos que invitan a detenerse y a claudicaciones que desvían, como sería, en los Ejercicios, acortar las oraciones, distraerse, etc. En ella es fácil el engaño, el deslizamiento, la desconfianza y la falta de amor. O sea que en la primera semana la *tentación* aparece con color de desolación y como fruto de ella. Se podría decir entonces que la desolación es una alerta naranja!

Tanto la consolación como la desolación son estados que suponen una cierta duración e intensidad. Un pensamiento pasajero se podría calificar de tentación pero no califica como 'estado' de desolación.

La desolación se describe con una serie de sentimientos amontonados y confusos; el alma está perezosa, tibia, triste, y como separada de su Criador y Señor. Si en general la consolación es un tiempo de Dios, en la desolación suele acometer el mal espíritu por la mayor confianza que entonces tiene de vencer. La desolación nos ofrece un cuadro simétrico y contrario a la consolación



Ante esto, hay dos líneas de acción muy claras sugeridas por Ignacio, y son: no hacer mudanza en las determinaciones anteriores tomadas en consolación (318), pero hacer mudanza y reaccionar decididamente contra la negligencia en la oración que podría ser una de sus posibles causas (319).

El consejo más conocido es el de “no hacer mudanza” en tiempo de desolación, pues guiarse por lo que ella sugiere implicaría dejarse arrastrar por un “dynamismo descendente”. Dicho en palabras llanas, no hay que tomar decisiones en tiempo de crisis - algo que muy frecuentemente hacemos, arrastrados por cierto grado de desesperación.

Una buena descripción de ese estado de desolación nos la proporciona el P. Jerónimo Nadal cuando, habiendo desechado la llamada que sintió del Señor estando en París, se vuelve a su tierra como huyendo de ella. “Navegué (escribe) hacia Barcelona. Aquí hay que advertir en cuantos peligros y dificultades caí, después que partí de París. Y recuerdo qué grande era mi tristeza: no me entregaba a los estudios ni a la predicación. Me dolía el estómago, me dolía la cabeza, todo me desagradaba, en ningún sitio encontraba o descanso o consolación...

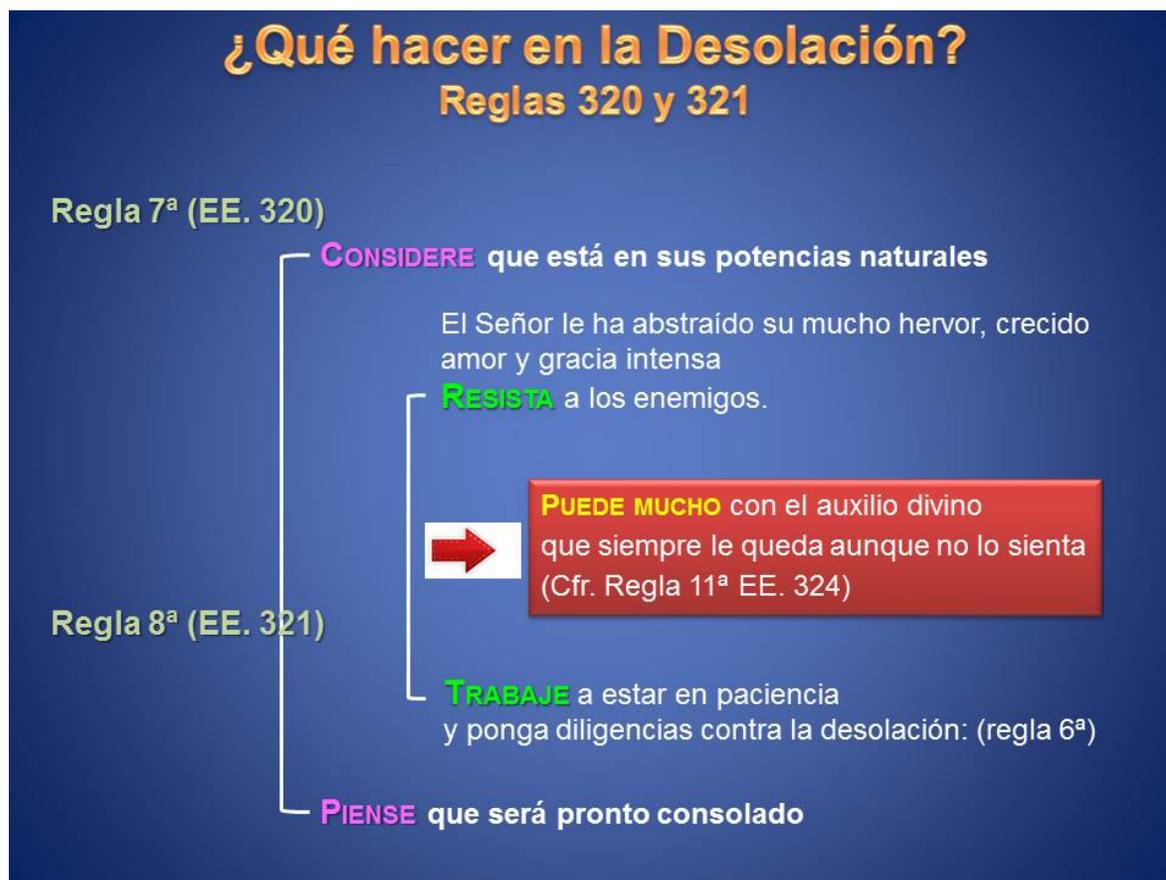
Considero un gran beneficio de Dios el que, habiendo vivido siete años en mi patria, ni un día, ni una hora, ‘que digo día u hora’, ningún momento viví sin una gran ansiedad de ánimo, perturbación y amargura: siempre me dolía la cabeza, siempre el estómago, siempre estaba melancólico, de modo que todos mis amigos se admiraban y sospechaban que me había vuelto misántropo, siempre entre médicos y medicinas. Me resultaba pesado a mí mismo. Me entristecía, porque no me iba bien en la predicación...” (Fiorito. P 142).

No hay que seguir pues los consejos emanados de la desolación, y se da la razón: porque en la desolación nos aconseja *más* el mal espíritu (que el bueno), con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar. Ambos espíritus trabajan siempre, pero en la consolación está más en primer plano el bueno y en la desolación el malo. Y por eso es difícil atravesar un estado de desolación prolongado.

En desolación los ejercicios espirituales pierden su gusto y con ello nos entra el deseo de dejarlos. Esta regla exhorta a “mudar” esos deseos de abandono de la oración por una determinación firme de ser fiel a ellos, empleando calificativos fuertes, como: “mucho”, “intensamente”, “instar más en”, “alargarnos”. Es decir,

invita no solo a resistir al enemigo sino a vencerlo, como lo insinuaba ya la anotación 13ª.

Las dos reglas siguientes, que han de ser tomadas conjuntamente, indican cómo manejar la desolación y cómo reaccionar a ella (320 y 321).



El Señor le ha dejado en prueba en sus potencias naturales para que RESISTA al enemigo. La “prueba” es para hacer emerger y constatar la capacidad de una persona. Se invita a RESISTIR y a ESTAR EN PACIENCIA, que no es pasividad sino capacidad de soportar (υπομενη); la paciencia a la que Pablo exhorta y que debe eventualmente convertirse en esperanza (Ro 5,3-5). Junto con esto, PIENSE y CONSIDERE el desolado que será *presto* consolado y ponga las diligencias indicadas para reaccionar contra la desolación.

Pero sobre todo, y haga pie en que PUEDE MUCHO con el auxilio divino que siempre le queda aunque no lo sienta

Estas cuatro reglas (318-321) muestran a las claras el espíritu combativo de Ignacio y presuponen la típica *sinergia* siempre vigente en toda la estrategia

recomendada por él: si Dios no actúa, nada es posible; pero la colaboración del hombre hace posible la acción de Dios. Es este un rasgo de la espiritualidad ignaciana que más adelante se encapsuló en esa máxima paradójica que dice: “cuando estás confiando en Dios, actúa como si todo dependiera de ti. Y cuando te dedicas a realizar algo, hazlo con la seguridad de que su logro depende todo de Dios”.

Así que la lección que Dios nos da por la desolación no es menos valiosa que la de la consolación. Fuera de que, alternada con la consolación, se convierte en la materia prima del discernimiento, puesto que gracias al contraste de los pensamientos que salen de ambas se puede adquirir mucha luz para una elección por el segundo tiempo.

Precisamente para sacar todo el provecho de esta lección de la desolación añadió Ignacio la última regla de este grupo que indica sus posibles causas (322).

1) Si fuese consecuencia de nuestra *negligencia espiritual*, habrá que verla como una sacudida saludable, como una *sanción pedagógica* que sirve de estímulo para salir de ella mediante las mudanzas de la regla 319: oración, penitencia, examen. Es pues una invitación a la seriedad en la amistad con Dios.

2) La desolación nos hace conscientes de *lo poco que somos y valemos* sin la consolación. Es la manera que Dios tiene de probar el amor que le tenemos y cuánto nos alargamos en su servicio sin la gracia de la consolación; pone en evidencia si nuestro amor *desinteresado* o si solo amamos a Dios cuando las cosas van bien. La desolación enseña a apreciar la consolación como la enfermedad la salud.

3) Por último, nos hace caer en cuenta que la consolación es un don y no mérito nuestro, con lo cual nos enseña a ser *profundamente agradecidos* por ella.

Es pues marcado el carácter *pedagógico* de la desolación y tres son sus grandes lecciones: nos hace *diligentes* al invitarnos a reaccionar contra ella; *humildes* y *realistas* en el cargar la cruz del Señor y profundamente *agradecidos* al constatar que toda consolación es un don. También en la desolación habla Dios y hay que entender su silencio que nos purifica de la frivolidad. No todo es malo en la desolación ni todo bueno en la consolación; se complementan. Es un *lenguaje de Dios* que ha de ser interpretado.

Tercer grupo: las tácticas del mal espíritu

Conocimiento de las tácticas del mal espíritu para poder enfrentarlas (325-327. 332-334).

Entramos ahora al grupo de seis reglas que puntualizan la actuación del mal espíritu y sus tácticas, para poder desmontarlas, pues el discernimiento se hace de ordinario en la lucha de la vida; si no hay contraste de mociones no es posible la discreción por sustracción de materia (EE. 6). Dice Agustín: “Nuestro progreso se realiza por medio de la tentación, y nadie puede conocerse a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni puede vencer si no ha luchado, ni puede luchar se carece de enemigo y de tentaciones” (Comentario al Sal 60, 2-3).

De lo mejor y más útil de estas reglas se encuentra en las tres últimas de la primera semana; a la vez las más extensas por la amplitud de los ejemplos que utilizan, tomados de la relación hombre-mujer y de la guerra (EE. 325-327).

(325) - La primera comparación es con una mujer que riñe, y que al ver que su contrincante es débil se envalentona. Aunque el mal espíritu es débil ante el bueno, aparenta ser muy fuerte en sus ataques, y si quien es tentado se amilana, el enemigo se crecerá sin medida.

En una riña quien pierde ánimo y se acobarda está vencido. Esto lo resume Ignacio en la regla diciendo: “el enemigo es flaco por fuerza y fuerte de grado”. Es débil ante la firmeza y fuerte ante la debilidad. Débil con los fuertes y déspota con los débiles. Todo va a depender entonces de cómo reaccione el atacado. Si pone mucho rostro y lo enfrenta con una actitud enérgica, firme y segura, el mal pierde ánimo y retrocede. Pero si pierde ánimo y comienza a huir, la ira, venganza y ferocidad del mal espíritu crecerá sin medida, aunque detrás de ese furor solo haya apariencias.

Ya en la primera vida de un santo ponía San Atanasio en boca de San Antonio estas palabras: “Cuando vienen (nuestros enemigos) actúan como nos encuentran... si nos ven llenos de miedo y de pánico, inmediatamente toman posesión como bandoleros que encuentran la plaza desguarnecida..., si nos ven temerosos y acobardados van a aumentar nuestro miedo lo más que puedan..., pero si nos encuentran alegrándonos en el Señor (...) considerando que todo está en sus manos (...) no tienen poder sobre nadie absolutamente” (San Atanasio, *Vida de San Antonio*, en CUADERNOS MONÁSTICOS 10 (1975) 214-215).

Y santa Sta. Teresita en su prolongada crisis de fe al final de sus días confesaba: “Me porté valientemente haciendo entonces más actos de fe que en toda la vida”. Y comentando otra situación, sin duda más frecuente, escribía: “Hay en la comunidad una Hermana que tiene la habilidad de desagradarme en todo; sus modales, sus palabras, su carácter me parecían muy desagradables (...). No queriendo ceder a la antipatía natural que sentía (...) me preocupé de hacer por esta Hermana lo que hubiera hecho por la persona más querida. Siempre que la encontraba rogaba a Dios por ella (...). No me contentaba con rezar mucho por la Hermana que me proporcionaba tantos combates, trataba de hacerle todos los servicios posibles, y cuando me tentaba responderle de una manera desagradable, me contentaba con ofrecerle mi más amable sonrisa y procuraba desviar la conversación (...). Como ella ignoraba totalmente mis sentimientos hacia ella, jamás sospechó los motivos de mi conducta, y está persuadida de que su carácter me resulta agradable.

(EE. 326) - La segunda comparación es con un seductor o *falso amante* que, ante todo, desea ser secreto y no descubierto para poder salir con la suya. ¿Cuál sería la reacción conveniente en este caso? Aquí, el opósito per diametrum será la transparencia y la sinceridad; sacar de su escondite todos esos sentimientos negativos que parecen tan poderosos y constatar cómo pierden su aparente poderío al ser expuestos a la luz del día. Todo este género de tentaciones guardadas en secreto no harán más que agudizarse. “No estás más enfermo de lo que están tus secretos”, fue la manera de poner esta regla para los alcohólicos anónimos.

El ataque busca mantener ese ámbito intimista, afectivo, que evita la dimensión social sana. Lo mismo si estoy muy seguro de mí mismo y le quito importancia, estoy haciendo caso de esta insinuación de dejarla en secreto. Por el contrario, si consciente de mi propia debilidad y con confianza en el otro, comparto y la descubro oportunamente, la situación se tornará más plenamente humana y el mal espíritu colegirá que no podrá salir con la suya. Lo fundamental en este caso es no estar solo.

(EE. 327) - La tercera imagen es la del *caudillo* que estudia cuidadosamente los puntos débiles de su objetivo. “El enemigo de natura humana (...) mira entorno (...) y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos”, dice Ignacio. O sea que el mal espíritu nos atacará por donde somos más vulnerables. Y, ¿cuál será entonces la mejor defensa? Prestar especial atención a nuestros puntos débiles y por allí vigilar.

“Espabídense, que su adversario el diablo, rugiendo como un león, ronda buscando a quien tragarse. Háganle frente, firmes en la fe” (1 Pe 5, 8-9).

En resumen, nuestra respuesta a estos ataques ha de ser enérgica, abierta al otro y vigilante. La única fuerza del enemigo es nuestra debilidad y nuestro secreto. Al comienzo, cuando uno esté más inseguro, se necesita una fe intrépida y confianza en sí mismo. Durante el proceso, cuando uno tiende a asegurarse, hay que tener una humildad radical, desconfianza de sí y apertura al otro; y siempre, conocimiento propio y vigilancia. La experiencia da que solemos hacer lo contrario: al comienzo no acobardamos y corremos en busca de protección (cuando habría que reaccionar con fuerza y seguridad en sí mismo). Y cuando el asunto avanza a situaciones ambiguas pero aparentemente intrascendentes, nos surge el pensamiento, ¿para qué voy a comunicar esto? Al inconsciente le interesa restarle importancia, cuando habría que acudir a otro experimentado. Para que una conversión sea real se requieren entonces la decisión, la transparencia y la vigilancia, no tomadas de manera voluntarista, sino como reacciones a la tentación, puesta la confianza en el poder del Señor.

Pero abordemos la otra táctica que el enemigo emplea cuando se encuentra con alguien que ha dado un paso importante y que ahora busca responder al Señor y emplearse de lleno en los asuntos del Reino. Esa transición va a repercutir claramente en el tipo de tentaciones padecidas, como claramente se advierte en las anotaciones 9ª y 10ª. La nueva táctica será enmascararse en los atuendos del buen espíritu, por lo que será menester una “mayor discreción”, pues las tentaciones ya no aparecen ‘abiertamente’ sino encubiertas. El mal espíritu adopta la apariencia de un “ángel de luz” (2Co 11,14)¹; “propio es del mal ángel, dirá Ignacio, entrar con la ánima devota y salir consigo”.

Estas reglas fueron las últimas en ser redactadas (1537-39), cuando Ignacio hizo la separación entre unas reglas para la primera semana y otras para la segunda. Se encuentran allí verbos en parejas: entrar y salir, subir y descender, crecer y enflaquecerse, con los cuales se describe el deslizamiento paulatino que se da en el proceso. Por eso en todas ellas habrá que acudir al ‘discurso’ o evolución de los pensamientos, su principio, su medio y su final, pues al *principio* entra con el ánima devota, al *medio* poco a poco se va apartando y al *fin* sale con la suya. Por eso dice la regla, si ese primer pensamiento “acaba en algo malo, distractivo o menos bueno, o si enflaquece, inquieta o conturba el ánima”, clara señal es del mal ángel. Solo es íntegramente bueno lo que termina bien (All's well that ends well, decía Shakespeare).

¹ K. Rahner prefería la cita de 1Tes 5,21: “Háganse banqueros sagaces”.

Se discierne el todo por el final, ¿en qué acaba?, y así se descubre si la consolación inicial era falsa.

Fue esta una lección aprendida por Ignacio en la experiencia límite de los escrúpulos. “Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con los que aquel espíritu le era venido; y así se determinó con gran claridad de no confesar cosa de las pasadas. Y así en adelante quedó libre de aquellos escrúpulos” (Aut 25). La madurez espiritual del que discierne se aprende por los fracasos. Y tanto le llamó la atención a Ignacio este proceder, que luego quiso usarlo para el bien.

Cuarto grupo: la acción de los espíritus según el estado de las personas

Son las reglas de apertura y de cierre con el colofón de la verdadera alegría y el gozo espiritual, como signo del buen espíritu. (314.315.329.335).

Hemos mirado hasta el momento tres grupos de seis reglas cada uno, para un total de dieciocho. Antes de decir una palabra sobre el grupo de las cuatro restantes, hagamos una observación importante.

De los tres grupos ya vistos, uno fue sobre la consolación y dos sobre la desolación y las tácticas del mal espíritu. La proporción es de dos a uno, y podríamos con razón preguntarnos ¿qué sentido tiene concederle un mayor espacio a la acción del mal espíritu? Ciertamente no fue consecuencia de un cierto pesimismo de parte de Ignacio, un hombre fundamentalmente ‘consolidado’; bastaría ver su Diario Espiritual. Pero fue a la vez muy consciente de que de no haber sido ayudado muy de cerca por Dios – “de la misma manera que trata un maestro escuela a un niño, enseñándole” (Aut 27), decía él, hubiera perdido el rumbo. Muy probablemente conoció a muchas otras personas, entre ellas sus mismos compañeros, que habitaron por más tiempo que él la desolación. Y solía, eso sí, decir que de nuestra parte somos todo impedimento a lo que Dios, si no lo impidiéramos, haría.

Ignacio, al insistir en las reglas sobre la desolación y proporcionar provechosos instrumentos para atravesarla, enfatizaba siempre: es necesario convencerse de que “PUEDE mucho con la gracia suficiente que aún le queda aunque no la sienta” (321.324). Las vidas de muchas santas y santos tendrían cosas muy bellas que decir al respecto.

Con este preámbulo, refirámonos a estas cuatro reglas que tienen dos características muy especiales. Por un lado, son de carácter ‘general’, es decir, invitan a un discernimiento hecho, no por el ‘hacia dónde’ de las mociones, sino por el ‘estado general’ de la persona que las experimenta. Son, además, reglas de ‘introducción y de cierre’: son las primeras de cada semana y la penúltima de

todas. O sea que ‘incluyen’ a las otras y, en realidad, todo indica que fueron de las últimas compuestas por Ignacio. Santiago Arzubialde, en su detallado y cuidadoso estudio de las reglas, invita a tratarlas como un bloque temático unitario (p. 893, nota 7). Con lo cual no se quiere dar a entender que sean menos importantes, al contrario, son las que dan al conjunto una trabazón coherente.

Las dos primeras reglas de la primera semana (EE. 314 y 315) con la penúltima de la segunda semana (EE. 335) incluyen a las otras y quieren decir que el buen espíritu y el malo trabajan de modos opuestos en función del estado general de la persona, e Ignacio dice que cuando la disposición es contraria al espíritu que prevalece en ella, “entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y cuando es símile, entra con silencio, como en propia casa a puerta abierta” (EE. 335).

Por último la regla 329 le imprime el auténtico toque distintivo a todas estas reglas ignacianas de discreción de espíritus. La “verdadera alegría y el gozo espiritual” será el talante propio de quien, habiendo pasado por muchas pruebas, es consciente del poder del más fuerte: el Espíritu.

La impresión afectiva de la verdadera alegría se confirma como clave interpretativa de la bondad de las mociones y compendio de todas las manifestaciones de la consolación. Es ella la fuerza que Dios concede al ser humano para descubrir, comprometerse con y recorrer el camino que lo lleve al Reino. Y contra ella milita con sus falsas razones el mal espíritu. Por eso las reglas de la segunda semana insistían en diferenciar las verdaderas de las falsas consolaciones.

Oigamos de qué modo el beato Pedro Fabro, con quien Ignacio empleó tantas horas en los años en que lo condujo, asimiló su enseñanza. El 14 de febrero de 1543 anotaba en su diario espiritual: “Este día, después de misa, pensé en la variedad de espíritus que me han agitado muchas veces y me hicieron dudar de la posibilidad de hacer fruto en Alemania. Caí en la cuenta de que no hay que hacer ningún caso a lo que sugiere el mal espíritu que todo lo pone cuesta arriba y no hace más que poner inconvenientes, sino a las palabras y sentimientos del buen espíritu que ofrece posibilidades y da ánimo, aunque hemos de tener cuidado de no inclinarnos demasiado a la derecha. En una palabra hay que tener discreción para mantenernos en el medio (...) de manera que a la buena confianza no se mezclen las ilusiones que nacen de la abundancia, ni que nuestro miedo se agrave por la sequía. Pero si, a veces, nos resulta difícil no inclinarnos a una parte o a otra, más seguro y menos peligroso es (...) caminar en tiempo de abundancia, que el acomodarnos a la tristeza de la que nacen mil errores y engaños y que originan después trampas y complicaciones” (...) Hay que conservar la alegría, la consolación, el aliento y la tranquilidad y todas aquellas manifestaciones que nacen del afecto bueno, procurando volver a ellas para que más profundamente se arraiguen”.

Es una buena noticia que esta primera regla de la segunda semana deje claramente establecido que la *verdadera alegría* y el *gozo espiritual*, que quitan toda tristeza y turbación que el enemigo induce, se constituyen en el criterio universal y el sello distintivo de la acción de Dios para seguir adelante. Al paso que Dios y sus ángeles dan verdadera alegría y gozo espiritual, el enemigo milita contra ellas trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias, ordinariamente a través de los mecanismos de defensa y autojustificación de la persona.

Esa alegría verdadera es el fruto del Espíritu derramado en nuestros corazones, que nos hace clamar ¡Abba, Padre” y que lleva a término en nosotros la semejanza de Dios. Es el reflejo psicológico del sentirse amado por Dios. La consolación es la que hace capaz de llegar hasta el final de la intencionalidad declarada en el principio y fundamento: “y mediante esto, salvar el alma” (EE. 23).

Esa alegría, además, no es una alegría pasajera y vana, sino que ha conseguido integrar el don de la cruz en el amor y progresa hacia el gozo pascual. Es la alegría de la resurrección de Cristo en la cual se pide participar en la cuarta semana. Alegría por la experiencia de la humanidad glorificada del Hijo de Dios.

La tristeza es siempre señal de amor propio desordenado, de no haber podido integrar la cruz en la propia vida o de no fiarse de Dios.

Creo yo que una diciente expresión del contenido de esta regla pudiera ser la sonrisa franca de alguien colocado en la posición del Papa Francisco.

